

LA LEYENDA DEL SEBASTIANISMO

El día 4 de agosto de 1578 se libró en las orillas del río Mejazen, a escasos kilómetros de Alcazarquivir y a no muchos de Tánger, una gran batalla; en ella perdió la vida el Rey Don Sebastián de Portugal, a los veinticuatro años, y la mejor y la mayor parte de la nobleza lusitana quedó muerta o cautiva. Había salido Don Sebastián para la empresa el 25 de junio de Lisboa, se había detenido en Cádiz, donde el Rey fué agasajado por el Señor de la Ciudad, el Duque de Medina Sidonia; había continuado a Tánger, entonces portuguesa, y había llegado, al fin, a Arcila, portuguesa también y base de operaciones elegida para la gran empresa tanto tiempo soñada por el joven Monarca. Las tropas portuguesas permanecieron en Arcila hasta el 28 de julio, y ese día emprendieron su marcha, jalonada por etapas que luego habían de sernos tan familiares: Tenin de Sidi Yamani, Telata de Reisana, etc. El 2 de agosto ambos ejércitos quedaban frente a frente, separados por el río Mejazen.

La batalla se inició en las primeras horas de la mañana del 4 de agosto y, a mediodía, estaba decidida en favor de Abd el Malek, el Sultán marroquí. En las primeras horas de la noche ya existía en Arcila un presentimiento difuso de que algo grave había sucedido; tal vez la inquietud siempre en aumento desde la salida del Rey, posiblemente la transmisión sorprendentemente rápida y a veces inexplicable de las noticias por los moros...; el hecho es que en la noche del 4 al 5 había en Arcila una impresión, que más justo parecería llamar presentimiento, de que algo muy grave había sucedido al ejército portugués. Se tomaron las precauciones naturales por la escasa guarnición que allí había quedado y se reforzó la atenta vigilancia de las dos puertas de la ciudad: la *Puerta de Tierra* y la *Puerta del Mar*, únicas que exis-

tían en aquella época en el recinto amurallado de Arcila y que hoy se conservan aún en perfecto estado.

A poco más de media noche, un grupo de embozados llegó a la Puerta de Tierra; se les dió el alto, y ante las rigurosas exigencias de la identificación, uno de los embozados dijo con energía: *Paso, soy el Rey Don Sebastián*. Impresionados y sorprendidos los soldados de guardia no creyeron necesaria ninguna comprobación más y abriendo el portillo dejaron paso al embozado y a los soldados que le acompañaban. Desgraciadamente el Rey yacía a aquellas horas ante la tienda del Sultán victorioso, el Moluco, adonde había sido llevado su cadáver desnudo desde el campo de batalla al caer la tarde del mismo día 4. Pero el rumor corrió por Arcila de que el Rey Don Sebastián había llegado misteriosamente aquella madrugada y que estaba oculto en algún lugar seguro; el rumor se transmitió a los barcos de la escuadra que esperaba ante Arcila las órdenes del Rey, y como ese rumor era más grato que el de la muerte, todos creyeron en él. *Don Sebastián estaba vivo y oculto*.

De nada sirvió que el Corregidor Diego de Fonseca, que estaba a bordo, hiciese averiguaciones hasta descubrir al impostor, el soldado escapado del Mejazen, Diego de Mello, ni que éste negase lo que se le imputaba, asegurando que solamente había dicho: *Vengo del sitio donde está el Rey Don Sebastián*; de nada las precauciones que se tomaron para embarcar a Mello, evitando que el pueblo de Arcila lo hiciera víctima de su descontento; todo ello produjo efecto contrario al que se pretendía y precisamente esas precauciones eran, para los incrédulos, la mejor prueba de que se trataba efectivamente del Rey. Fonseca hizo en Arcila, antes de partir la flota y en casa del Gobernador Diego de Souza, una información en la que participaron los capitanes de los barcos, personas distinguidas y varios de los escapados de la batalla, obteniendo la impresión exacta de que Don Sebastián había muerto en el Mejazen, información que elevó al Cardenal Infante Don Enrique, pero el Corregidor no pudo librarse del cargo que se le hiciera, si no con justicia, al menos con evidente buen sentido: la conveniencia de haber colgado a Mello para castigo ejemplar de su impostura y para desmentir de un modo total y elocuente aquellos rumores.

Esta certeza de que Don Sebastián vivía había de ser llevada

a Lisboa por las propias tripulaciones de la escuadra, que creían llevaban al Rey a bordo, y difundida por todo el país; iba también a enlazarse con otros sentimientos anteriores a ella para continuarlos y para constituir una fase propia, originariamente marroquí, de lo que se ha llamado en la totalidad de sus fases: el *Sebastianismo*.

* * *

¿Qué explicación satisfactoria puede darse, de no existir otras causas, al hecho de la persistencia de la idea de que el Rey Don Sebastián no había muerto? Más tarde se tendrán referencias documentales de su muerte; el Sultán de Marruecos entregará el cadáver a los representantes de Felipe II en Ceuta, se trasladará después a Lisboa y se le dará solemne sepultura y, sin embargo, la idea de que el Rey no ha muerto seguirá hondamente arraigada y produciendo de vez en vez manifestaciones bien elocuentes de la credulidad popular.

Para comprenderlo tendremos que referirnos a un estado de espíritu que se había infiltrado en la sociedad peninsular en la primera mitad del siglo XVI; tal vez la acción de turcos y moriscos, la acción de una monarquía extranjera, las guerras en todo el continente, las luchas de religión, habían hecho nacer en España una leyenda muy extendida por la cual España se encontraría amenazada de sufrir algún mal semejante al que se auguraba en tiempo de los últimos reyes godos y que había de determinar la destrucción de España (1). En esas leyendas se profetizaban grandes males que al fin serían terminados por un personaje misterioso que salvaría a España y que había de determinar la figura del *Encubierto*.

Al servicio de tales temores y presentimientos, y para explicarlos y reforzarlos, se ponían textos tomados de doctores de la

(1) Hay que establecer una relación muy estrecha entre esta leyenda del siglo XVI y la leyenda, que ha revestido infinitas formas, de la pérdida de España. El estado de espíritu a que ahora nos referiremos, manifestado bajo la forma de un pesimismo popular, debe ser considerado como pervivencia de la leyenda de la pérdida de España anterior, como se sabe, a la caída de la monarquía visigoda con D. Rodrigo. Solamente el desarrollar estas influencias daría lugar a un ensayo aún de mayor amplitud que el que hoy presentamos.

Iglesia, de leyendas populares, de los libros sagrados, etc.; pasajes de estos doctores, leyendas o libros querían aplicarse, con interpretaciones más o menos logradas, a la situación temida y con el propósito siempre de fijar la fecha, el personaje y las circunstancias en que el hecho milagroso había de realizarse.

En Portugal se registraba una situación completamente análoga; los reveses de la India, el abandono de las plazas portuguesas por Don Juan III (Agadir, Azemur, Safí, Alcazarseguer, Arcila), las alianzas matrimoniales con España, exponiendo siempre a Portugal a ser absorbida por el reino vecino, determinaban también un temor constante, un estado de espíritu profundamente pesimista. También allí se temía la pérdida de Portugal y se soñaba con el personaje desconocido, *Encubierto*, que había de salvarlo; allí también surgían las profecías, entre las que hay que destacar las populares del Zapatero de Trancoso, Gonzalo Anes de Bandarra o simplemente Bandarra, tan popular y famoso y ocupando tan destacado lugar en la historia del Sebastianismo.

El temor del pueblo portugués llegó a su colmo cuando en 1554 murió el Rey Don Juan III sin dejar sucesión. Su mujer Doña Catalina era hermana de Carlos V, había seguido la política de casar a sus hijos con los hijos del Emperador y ello había mantenido siempre latente en Portugal el temor de su anexión por España. Muertos los hijos de Don Juan y Doña Catalina antes que su padre, hubiera quedado Portugal fatalmente sin rey directo de no estar Doña Catalina próxima a dar a luz. Todas las esperanzas de Portugal se concentraron en el Príncipe que había de nacer.

Pero ya el fenómeno del *bandarrismo* se había producido y Bandarra había muerto en 1545, dejando en el alma nacional un sentimiento de mesianismos derivado de sus profecías populares. Bandarra, también, predecía la pérdida de Portugal y la aparición de un *Encubierto* que salvaría al país. Mesianismo que, además, encontraba un medio favorable en aquellas regiones donde había mayor número de judíos o conversos. No había nacido aún Don Sebastián, pero, como se ve, ya existía en Portugal un sentimiento mesiánico agudizado desde el día 2 de enero de 1554, en que murió el Rey Don Juan III, hasta el día 20 del mismo mes, en que había de nacer el nuevo Rey. Durante ese tiempo se hicieron paces y rogativas, y fué tal la ansiedad de Portugal en-

tero en la esperanza del nuevo heredero, que con toda justicia iba a poder darse al nuevo Rey el sobrenombre de *El Deseado*.

Esto es, que antes de nacer Don Sebastián, ya existía en Portugal un temor muy extendido de grandes males que amenazaban al reino y una confianza mesiánica de que un hombre le salvaría. En las profecías de Bandarra quedaban, en párrafos más o menos oscuros, elementos para la identificación y predicción del hombre y de los hechos; este estado de espíritu favorable a la mística del Sebastianismo, pero anterior a ella, y en realidad sin posibilidad justa de ser llamado así, es lo que se conoce con el nombre de *pre-sebastianismo*, para distinguirlo del *Sebastianismo* propiamente dicho.

* * *

El hecho de que el nuevo Rey, tan deseado, naciera el día de San Sebastián, se consideró como un don del cielo, como la realización del milagro con tanta ansiedad pedido; era San Sebastián el patrón venerado por los portugueses como protector de la peste, del hambre y de la guerra y en ese aspecto, amado aún más por la gente de Lisboa, que sufría frecuentemente los efectos de la peste y de los terremotos; en gratitud se llamó al nuevo Rey Sebastián y ello se consideró de buen augurio para Portugal. Don Sebastián, como Deseado, vino a llenar el anhelo portugués del Mesías que había de salvarlo, de apartar de él todos los males presentidos y temidos; pero él mismo llegó a encarnar en tal forma el sentimiento de Portugal, que había de ser la expresión más viva de una ilusión y de una esperanza.

Son bien conocidas las circunstancias de la formación física y espiritual del nuevo Monarca portugués. Sóñó con la grandeza de su pueblo y su formación estuvo dirigida hacia el alto ideal de hacer realidades todos los sueños portugueses. Se preparó constantemente *para la gran empresa*, se sintió siempre iluminado por Dios y su instrumento para la grandeza de la Fe cristiana; vivió soltero para que nada disminuyera su preparación; el deporte, los juegos, todo tendía en él a adiestrar al hombre de guerra, capitán de las más altas empresas. Y porque reunió en sí las más altas virtudes caballerescas de Portugal y porque soñó a tono con la grandeza portuguesa, fué adorado por su pueblo, que llegó a

aquietar su espíritu afirmándose en la idea de que el Mesías que salvaría a Portugal y el Rey Deseado eran una misma persona.

Y cuando en marzo de 1562 un ejército marroquí atacó la plaza de Mazagán, el pueblo que había visto con profunda pena a Juan III abandonar las plazas marroquíes y con ello el ideal africano, veía ahora, bajo el signo del joven Monarca, volcarse sobre la plaza todos los auxilios y obligar a los marroquíes, pese a sus enormes preparativos, a levantar el cerco. Portugal había vuelto por sus ideales y celebraba gozoso este cambio de sistema. El hecho influyó también en Don Sebastián, que, muy niño entonces, iba a criarse en esta atmósfera patriótica del renacimiento de la acción africana. Y Don Sebastián soñó con ser el paladín de la Cristiandad y de la acción portuguesa en el Mogreb.

Ya en 1574, cuando sólo tenía veinte años, pasó a Ceuta para conocer de cerca la guerra de los moros y para adiestrarse en ella; desde entonces soñó, para realizarla en fecha inmediata, con la gran empresa de Marruecos. La ocasión se le presentó favorable: la petición de ayuda del Rey Negro, sultán destronado de Marruecos, contra el usurpador Abd el Malek. A la vez evitaba que los turcos se instalaran en el Atlántico (especialmente en Larache) y daría la gran batalla al Islam. No cabe en este trabajo la referencia de los preparativos ni siquiera una somera exposición de la batalla misma del Mejazen, de Alcazarquivir, o de los Tres Reyes (4 agosto 1578), pero sí diremos que en ella sucumbió Don Sebastián al frente de los suyos, peleando siempre en el puesto de mayor peligro, incansable en la lucha, como capitán ejemplar, como caballero sin miedo y sin tacha.

No lo olvidemos: Don Sebastián, que encarnó los anhelos de salvación y de grandeza del pueblo portugués, entregó su vida toda al servicio de esa grandeza y fué el mejor intérprete de los ideales portugueses. Cuando llegó la hora de ejecutar, se puso a la cabeza de los suyos y ofrendó su vida con todo valor y con toda generosidad, como correspondía a los altos ideales que había defendido. Por eso, el Rey Don Sebastián, aunque no hubieran existido las causas a que aquí nos venimos refiriendo, quedaría como el símbolo glorioso de un pueblo, porque supo sentir sus ideales auténticos y tradicionales, porque consagró su vida entera al mejor logro de ellos y porque probó con su sacrificio generoso

que la vida nada vale cuando se da al servicio de causas y razones tan altas.

* * *

¿Se comprende ahora con exactitud el abismo que abría ante el pueblo portugués la realidad de la muerte del Rey Deseado? De una parte el peligro cierto, inminente, de la incorporación a la corona de España, de otra, el disiparse todas las ilusiones en la grandeza ya soñada. ¿Podría conformarse con esta tremenda realidad? Nuevamente Portugal volvía a la época anterior al nacimiento del Rey (1554) y ponía su fe en algo difuso, impalpable; de nuevo el mesianismo y la leyenda del Encubierto vinieron a constituir la esperanza del pueblo portugués.

Por eso, ante la pregunta fundamental, ¿pero pereció verdaderamente Don Sebastián en Alcazarquivir?, surgen todas las dudas que son salvadoras y se admite con placer que el Rey no ha muerto; entonces todas las ilusiones se ponen en él y ya se cierra el ciclo de la esperanza: el *Masías*, el *Deseado* y el *Encubierto* van a ser una misma persona, y el Sebastianismo, luego de desaparecer Don Sebastián (y de consiguiente y con más propiedad el *post-sebastianismo*), va a tomar todo su desarrollo.

Ya dijimos que muy cerca de aquí, en Arcila, se produjo el suceso que dió pábulo a la creencia de que Don Sebastián vivía, que había llegado a Lisboa entre los soldados de la escuadra y que estaba cuidadosamente guardado en espera de ponerse de nuevo al frente de los destinos de Portugal. Se decía que el cadáver había sido recogido en el campo de batalla, pero independientemente de la pregunta ansiosa que quedaba incontestada: ¿quién le vió morir?, surgía fácilmente el razonamiento que engendraba la duda. Se decía que Don Sebastián había logrado huir y que el cadáver, llevado ante los nobles prisioneros congregados en la proximidad de la tienda de Abd el Malek, era el de un soldado suizo que tenía cierta semejanza física con el Rey. De sobra habían comprendido los nobles que no era el Rey, pero si lo aseguraban así harían que continuaran los marroquíes la busca, comprometiendo, en consecuencia, la huída de Don Sebastián.

Y eso por lo que se refiere al reconocimiento del mismo día de la batalla, porque el hecho después en Alcazarquivir cuando se

dió sepultura provisional a Don Sebastián en uno de los torreones del palacio del Bajá, se consideraba sin ningún valor. ¿Cómo estaría el cadáver tres días después de su muerte, cubierto de heridas, expuesto un día entero al duro sol de agosto en los campos del Mejazen y transportado después en angarillas a hombros hasta Alcazarquivir? Es cierto que el nuevo Sultán de Marruecos, proclamado en el mismo campo de batalla, había pretendido evitar en lo posible la descomposición hasta el entierro, cubriéndolo de cal; pero, ¿quién habría podido dar fe en ese momento de que estaba ante el cadáver del Rey?

El pueblo portugués puso, pues, todas sus esperanzas en que el Rey vivía y estaba escondido (ello constituía la propia esperanza de salvación del pueblo), y al servicio de esta existencia del Rey se pusieron las profecías de Bandarra, la leyenda y cuanto pudiera servir para mantener ese estado de espíritu. De una manera más precisa se recordaba, y se acariciaba como gratísima y salvadora esperanza, la profecía del Zapatero de Trancoso:

*Cuando tuvieran por cierto
perdida toda esperanza,
Portugal tendrá bonanza
con la venida del Encubierto.*

Cuando la anexión a España se produce, la existencia de Don Sebastián es aún más necesaria, y la creencia se afirma y se cultiva aun en aquellos que saben positivamente que el Rey murió: *es la mística de la restauración* el arma más fuerte que se empleará contra la dominación española.

Aprovechando esa creencia popular de que el Rey existe, y manejando políticamente en su favor esa creencia, los medios políticos más altos, que la sabían imposible, surgen en unos años cuatro falsos Don Sebastián, personajes curiosos que intentaron explotar la credulidad popular y que fueron ellos mismos explotados por los que, a través de esos movimientos de opinión, buscaban la restauración portuguesa. Son los cuatro tipos magníficos de aventureros, que sirvieron perfectamente la finalidad que perseguían, y fueron los cuatro intentos, con desarrollo y complejidad variables, hechos curiosos que bien valen una referencia, aunque sea sintética.

Fué el primero un impostor cuyo nombre se desconoce, al que se llamó el Rey de Penamacor, pequeña aldea de la frontera portuguesa, donde fué más conocido y donde se le detuvo. Se trataba de un joven aventurero de escasamente veinte años, era hijo de un pobre trabajador del país de Alcobaça, había sido dependiente de una tienda de Lisboa cuyo principal se marchó en 1578 por la epidemia de peste y lo dejó al frente del establecimiento; luego había entrado en el convento de Nuestra Señora del Monte Carmelo para hacer el noviciado, pero fracasó y lo abandonó, aunque fué autorizado para vestir el traje de ermitaño. Recorrió el país y se estableció cerca de Alburquerque en una ermita abandonada, donde fué visitado por algunas personas piadosas y entre ellas por una dama de la vecindad que había perdido su marido en Alcazarquivir y que lo tomó bajo su protección. Esta protección dió lugar a escándalo y el cura del lugar le obligó a marcharse del país. La viuda lo vistió bien, le dió dinero y un caballo, y el ermitaño marchó a Alcobaça para visitar a su padre; extrañó a la justicia verlo llegar tan bien provisto de medios y estuvo a punto de ir a la cárcel por sospecharse que lo que llevaba fuese robado.

Creían algunos que después de devolver el caballo para evitarse dificultades con la justicia, procuró esconderse y que al buscarle sus amigos, aún aumentó la sospecha de que había allí algo dudoso y relacionado con el Rey. Porque del contacto con su protectora había sacado conocimiento de algunos datos sobre la jornada de Africa de Don Sebastián que le valió para, hablando vagamente, dar la impresión de que había estado en ella y hasta se cree que lo afirmaba, así como que hablaba el árabe. Sea como fuere, es lo cierto que todo ello hizo que parte del pueblo pensara estar en presencia de un personaje importante y que finalmente creyera que era el propio Don Sebastián. Sucedió esto en 1584, esto es, en la época en que el Monarca lusitano hubiera tenido treinta años, siendo así que este personaje sólo tenía veinte, pero se ha dicho con razón que "cuando el pueblo tiene necesidad de creer alguna cosa, nada le detiene, cree a pesar de todo".

Cuando este personaje se dió cuenta de que se le creía Don Sebastián, apreció la importancia de sacar partido de esta creencia y poniéndose de acuerdo con otros de sus amigos se hicieron pasar, uno por Cristóbal de Moura, el favorito de Don Sebastián, y el otro por el Obispo de Guarda que hasta el último momento

se habían opuesto a la dominación española y eran por ello personajes que gozaban de la simpatía popular. Se estableció en Penamacor, aldea de la frontera portuguesa, y allí formó su pequeña corte; hablaba enigmáticamente y sus amigos cometían voluntarias imprudencias que aseguraban así más al pueblo ser el propio Rey (2). Tanto se extendió el rumor, que Lisboa se vio obligada a intervenir, deteniendo al impostor y haciéndolo pasear por las calles de Lisboa montado en un burro con las manos atadas a la espalda; no se parecía en nada al Rey. El impostor era moreno y tenía cabellos y barba castaños, siendo así que Don Sebastián era muy blanco y tenía el pelo rubio.

Por tratarse del primer caso y por la simpatía con que se defendió asegurando que él no había hecho nada sino seguir el camino por donde lo llevaba la credulidad de la gente, sin forzar a nadie para que le diera tratamiento y sin haber dicho a nadie que era el Rey, este impostor, conocido por el nombre del *Rey de Penamacor*, fué condenado a galeras a perpetuidad; sus compañeros fueron ejecutados. Como forzado, iba en una de las galeras de la Armada Invencible a la que el temporal arrojó a la costa de Francia; según parece, aun años después cometía estafas en París haciéndose pasar por el Rey Don Sebastián.

Un año más tarde, y con caracteres más serios y extensión mayor, iba a producirse un nuevo caso. El segundo impostor fué Mateo Alvarez, llamado el *Rey de Ericeria*. Como el anterior, fué también novicio, pero como la disciplina del claustro no le fuese grata, se hizo ermitaño, estableciéndose en un lugar apartado, no lejos del mar, próximo a la desembocadura del Tajo y cerca de Ericeria. Se explica que el pueblo se impresionase de modo especial por estas figuras de ermitaño, ya que estaba muy extendida la idea de que Don Sebastián estaba oculto y haciendo penitencia para darse a conocer en momento oportuno.

Fuera iniciativa del impostor o producto de la fantasía po-

(2) Hablaban sus amigos misteriosamente con los habitantes de la comarca y les decían: "¡ Si supiérais a quien tenéis alojado!", y cuando ellos pretendían obtener precisiones del personaje principal, éste fingía indignarse con sus amigos, diciendo: "¡ No sabrán callarse!" "Pero puesto que lo sabéis, guardad silencio". Y así se iba extendiendo el círculo de la leyenda; además, del dinero abundante que recibía, daba a los pobres, y esto le aumentaba su popularidad.

pular, es el hecho que la gente comentaba que en el silencio de la noche el ermitaño se azotaba mientras se le oía gritar: “¡Portugal! ¡Portugal! ¡Qué duelo te rodea! ¡Ay! ¡Yo solo soy la causa de los desastres que te ocurren! ¡Desgraciado Sebastián! ¡Una vida de miseria, de penitencia y de lágrimas, será insuficiente para la expiación de tus faltas!”

La leyenda tomó cuerpo; el impostor, además, se parecía físicamente al Rey. Lo tomó bajo su protección un matrimonio acomodado, cuyo esposo, Pedro Alfonso, enemigo de España, facilitó medios y armó una partida. No es que creyera que fuese el Rey Don Sebastián, pero tenía la seguridad de que la aventura podía conducir a buen resultado; se organizó la corte del falso Don Sebastián y éste se casó con la hija de su protector, que tuvo el rango de reina. Entre tanto, el impostor escribía cartas a los principales de la corte portuguesa para que se unieran a su causa. Todos veían en ello, no la ayuda a Don Sebastián, que sabían no existía, sino la posibilidad de la restauración portuguesa.

Comprendió el Monarca español la gravedad del caso, dada la extensión que tomaba, y dispuso se enviaran tropas con el Corregidor Diego de Fonseca, el mismo que había instruído el proceso anterior, a detener al Rey de Ericea y a su partida. La represión fué dura por haberse producido delitos de sangre; el impostor y los principales personajes fueron ahorcados.

Mateo Alvarez pretendió escapar al monte, pero fué hecho prisionero. En el elemento oficial de Lisboa reinaba gran alegría porque la extensión del complot comenzaba a preocupar seriamente. En seguida comenzó el proceso; el 12 de junio el Rey de Ericeria entraba en Lisboa conducido y montado en un burro con las manos atadas a la espalda. Era la hora de mayor animación en las calles. El proceso fué breve: Alvarez lo declaró todo con dignidad. Dijo que pensaba entrar en Lisboa el 24 aprovechando que toda la población estaba en regocijos populares; tenía la seguridad de que vencería la gente decidida que llevaba, y cuando Lisboa estuviera pacificada, desde un balcón los habría dicho: “Yo no soy el Rey Don Sebastián, pero soy un buen portugués, un hombre de corazón, que os ha librado del yugo castellano; ahora ya sois libres, elegid el Rey que queráis.”

El tercer personaje, tan conocido en España, y que ha dejado huellas en nuestra literatura, fué Gabriel de Espinosa, conocido

con el nombre de *El Pastelero de Madrigal*; la intriga es bien conocida. Fray Miguel de los Santos, agustino, queriendo terminar con la dominación española en Portugal, había concebido la idea de restaurar la gobernación portuguesa poniendo en el trono a Don Antonio, el antiguo Prior de Crato. Para ello concibió la idea de favorecer un levantamiento por la aparición de un impostor cualquiera que se haría pasar por el Rey Don Sebastián, tan presente y tan querido en la imaginación del pueblo. Logrado el ambiente, se descubriría todo y la restauración portuguesa quedaría conseguida. El impostor era, pues, en este caso una figura secundaria, movida por altos personajes y al servicio de una compleja y bien urdida intriga política.

Lo principal de la intriga fué la acción llevada por Fr. Miguel de los Santos cerca de Doña Ana de Austria, hija de Don Juan de Austria (nacida en 1568), que estaba recluida en el monasterio de Santa María la Real, de Madrigal, a la que convenció de que vivía su primo el Rey Don Sebastián y del deber que tenía de prestarle ayuda en la situación grave y difícil en que se encontraba. Doña Ana lo creyó así y hasta dió su consentimiento a ser un día la esposa de su primo; la intervención de la sobrina de Felipe II, hábilmente explotada, había de producir grandes resultados.

Del cuadro cargado de superchería, de intrigas, de ambiciones, de nobles propósitos al lado de pasiones inconfesables, de aquel conjunto complicado de acciones y reacciones en las que cada personaje, el patriota que sueña con la grandeza de su patria, como el simple comediante que explota aquella mística popular del Encubierto, queremos sacar esta figura noble, delicada y bella de la Princesa Doña Ana de Austria. Hija del vencedor de Lepanto, del valeroso capitán a quien había de alcanzar también la sed de celos y de envidias que en todas las épocas de la historia tejen afanosamente los hombres, había vivido siempre en aquel convento de Madrigal. No era profesa, pero vivía allí en la comunidad con una cierta libertad dentro siempre del recinto monástico.

Las intrigas políticas la tomaron como juguete para mejor servir los fines que se pretendían. Y se despertó en su alma la ilusión, el amor. Se le presentó a Gabriel de Espinosa como su primo Don Sebastián y se le aseguró, por persona que ejercía

tanta influencia en ella como Fray Miguel de los Santos, que su primo era digno en su desgracia de toda su protección. Luego se llevó a su corazón una ilusión mayor: ella sería la esposa de Don Sebastián, la Reina de Portugal, la que había de ser extraordinariamente amada por su pueblo, ya que con su apoyo le había devuelto su Rey y su independencia.

Y para aquel sueño venturoso de la delicada Princesa, ¡qué terrible despertar! Todo había sido mentira; había sido engañada y los hombres la habían tomado como vil juguete para el éxito de una aventura política. Su amargura sería infinita, pero lo fué más ante la negativa rotunda de su tío a perdonarla; por el contrario, fué trasladada del convento de Madrigal al de Nuestra Señora de Gracia, de Avila, donde había de vivir no como hasta entonces, con una cierta libertad dentro del marco de su convento, sino en régimen de rigor y de aislamiento. ¡Qué vida más triste la de aquella princesita Ana de Austria, digna figura de una joya literaria, sacrificada por las pasiones de los hombres y utilizada como trampolín por ambiciosos y aventureros!

Descubierto casualmente el caso al ser detenido en Valladolid el Pastelero de Madrigal como sospechoso de delincuencia vulgar y al encontrársele una correspondencia muy sospechosa con Doña Ana de Austria, el proceso se llevó con gran rapidez, convencido Felipe II de la importancia de la intriga y de su posible trascendencia. Ello se producía en 1595, diez años después que la impostura del Rey de Ericeria. Tanto Espinosa como Fray Miguel de los Santos fueron ahorcados. Por cierto que el Pastelero de Madrigal dejó, aun en el cadalso, una impresión de duda; cuando oía gritar que se le condenaba por traidor al Rey, exclamaba: *Por eso, no*; y cuando se le señalaba como hombre villano y de baja extracción, exclamaba misterioso: *¡Respecto a eso, Dios lo sabe!*

La figura de Gabriel de Espinosa y de su intriga ha tenido proyección en la literatura española; citaremos, solamente a título de referencia, la conocida y popular novela de Fernández y González *El Pastelero de Madrigal* y la obra dramática de Zorrilla: *Traidor, inconfeso y mártir*.

El cuarto y último impostor fué el calabrés Marco Tulio, personaje de una intriga aún más complicada que la anterior. Interviene en ella Don Juan de Castro, nieto del famoso Virrey

de la India, que vivía en París trabajando siempre por la restauración portuguesa. Se dedicaba especialmente al estudio de las profecías y revelaciones sobre la vuelta del Rey Don Sebastián y lugar en que estaba escondido, y basándose en las profecías populares de Bandarra les dió un más alto tono, mostrando su concordancia con otras de más prestigio. Juan de Castro aprovechó la figura del aventurero Marco Tulio, que en Venecia explotaba su supuesto parecido con el Rey Don Sebastián.

Parece que al aventurero se le acercaron algunos portugueses ingenuos preguntándole si era el Rey Don Sebastián, y Marco Tulio vió una buena oportunidad para explotar la coincidencia. Cuando los portugueses que trabajaban en París conocieron su existencia y el ruido que se había producido alrededor de él, encontraron útil explotarlo. Lo mismo que en el caso anterior no importaba que no fuera el Rey; la idea de que Don Sebastián existía era la bandera que habría de determinar el alzamiento; triunfante éste, se aclararía todo, y el impostor pasaría a ocupar el puesto secundario que le correspondía.

El proceso fué ruidoso, se siguió en Italia en 1600, y Marco Tulio fué condenado a servir en galeras. Con ellas vino al invernadero de galeras del Puerto de Santa María en 1602, y allí continuó relacionándose con los elementos directivos portugueses que trabajaban con gran fe y perseverancia por la liberación de su pueblo. Tuvo Marco Tulio la osadía de escribir una carta a la Duquesa de Medina Sidonia, *su prima*, pidiéndole protección, y ello determinó que el Duque tomara cartas en el asunto. Se hizo proceso, y Marco Tulio, los frailes que trabajaban por la causa de Portugal y algunos otros auxiliares fueron públicamente ahorcados en Sanlúcar de Barrameda, terminando con ello la serie de impostores que, haciéndose pasar por el Rey Don Sebastián, dieron lugar a movimientos de opinión de alguna importancia.

* * *

El sebastianismo, que había sido, en vida de Don Sebastián, la mística de Africa, pasó a ser, como hemos visto, a su muerte, la mística de la independencia de Portugal. A las profecías de Bandarra, a las interpretaciones más elevadas de Don Juan de

Castro, vinieron a sumarse más tarde las del profesor de matemáticas Manuel Bocarro, que las intelectualizó aun más, porque fué a buscar en la Astrología nuevos elementos demostrativos (3). Cuando ya Portugal logró su independencia y subió al trono lusitano Juan IV, este sentimiento desvió hacia la interpretación de las profecías anteriores, haciendo ver que, especialmente las de Bandarra, se referían, tanto en el tiempo como en la persona, al nuevo Monarca.

Sin embargo, en ciertas clases populares más atrasadas, la idea del Sebastianismo sobrevivió, y así a principios del siglo XIX, con ocasión de la invasión francesa, se creía en ciertos medios que Don Sebastián debía venir para expulsar a los invasores. En Pernambuco aún se registro en 1838 la existencia de los hermanos Joan y Pedro Antonio, que se proclamaban enviados del Rey Don Sebastián y anunciaban su venida.

Y hoy, ¿qué es el Sebastianismo? El anhelo siempre insatisfecho de una patria mejor, de realizar los auténticos ideales nacionales, de darlo todo por ellos con igual generosidad con que lo diera en plena juventud el Rey Don Sebastián. Por eso Don

(3) Fué, sin embargo, la trágica desaparición de Don Sebastián en Alcazarquivir, con las fatales consecuencias que trajo para la nación, la que hizo personalizar el anhelo mesiánico. El Rey Deseado convirtiéndose en centro de la leyenda; después surgieron los charlatanes provocados por la popularización de la creencia; luego, una leyenda, la cual se fué intelectualizando hasta remontarse a las clases superiores. El primer profeta fué marcadamente popular, el Zapatero Bandarra, pero el segundo es noble y culto y no escribe sus largas disertaciones, harto abonadas de textos y de autoridades, para el pueblo bajo, menos curioso de verdades complicadamente demostradas que de certezas simples. Escribe para los de su clase. Es D. Juan de Castro (1551?-1623?) nieto del famoso Virrey de la India, su homónimo, quien hizo un género literario de la apología del mesianismo sebastiniano, que cultivó ampliamente. El tercer profeta, Manuel Bocarro Francés, el célebre profesor de matemáticas, la intelectualizó aún más, porque fué a buscar en la Astrología nuevos elementos demostrativos. Y como el Gobierno castellano anduviera entonces con ardiente litigio con el clero monástico de Portugal, el sebastianismo, que era esencialmente nacionalista, fué agasajado por las Ordenes religiosas, que lo propagaron como arma política para avivar los sentimientos de aversión contra España. Fué su soplo alentador lo que hizo la Restauración de la independencia en 1640." (Fidelino de Figueiredo: *Historia de la Literatura portuguesa*. Colección Labor. Barcelona, 1927; págs. 101-103.)

Sebastián, que fué en vida y hasta en su muerte “esperanza de un pueblo”, queda como ejemplo perenne de la nación portuguesa y como estímulo magnífico de sus *mocedades*. Y cuando así se sitúa el tema, el Sebastianismo, que en su fase *post-sebastianística* nació en Africa, vuelve de nuevo a ella.

Porque Africa fué el sueño del Deseado, porque aquí recorrió su ruta hacia la batalla, porque en los campos del Mejazen luchó y murió como un valiente: *¿qué hacer, Señor, con tantos enemigos?*, le grita un noble que le acompaña. *“¡Haced lo que yo hago!”*, le responde el Rey. É incansablemente y espoleando su caballo, se abre camino con su espada. *“Morir, sí, pero lentamente”*, es su último grito, y allí sucumbe con su cuerpo lleno de heridas, sirviendo a los suyos de ejemplo, sacrificándose por una noble causa.

Fué el Sebastianismo la mística de Africa, del Imperio portugués, de la independencia de Portugal, de todos los grandes valores espirituales y virtudes de un pueblo, la ilusión siempre viva de su grandeza. Por eso el Sebastianismo como mística tiene siempre un valor actual para Portugal. Por eso las juventudes universitarias de Coimbra vinieron en peregrinación patriótica al campo de batalla de Alcazarquivir y alzaron allí un sencillo mausoleo; por eso las juventudes de las Escuelas Militares, Naval y Aérea, no tuvieron mejor medio de exaltar y sublimizar su espíritu que siguiendo emocionados la ruta del Rey Deseado para terminar, el 4 de agosto, aniversario de la batalla, en el mismo escenario en que Don Sebastián encontrara la muerte.

Hoy los ideales son otros, Iberia y Marruecos se unen cada vez más estrechamente para realizar una obra común en beneficio de la humanidad toda, pero siempre será ejemplar morir por la Patria y por la realización de sus más altos y bellos ideales. Por eso también, todos los años, en la fecha del aniversario de la batalla, el pequeño mausoleo que recuerda aquella gesta heroica es cubierto de flores. Son los Interventores españoles, que, depositarios en Marruecos de la tradición histórica de Portugal, a través de sus murallas, de sus castillos, de sus recuerdos bélicos, rinden tributo como iberos al gran Rey que tuvo virtudes propias de la raza y que llenan de orgullo a portugueses y a españoles.

Y así, el Sebastianismo, que fué un día la mística de la inde-

pendencia de Portugal frente a España, es hoy una mística patriótica y caballeresca, exaltación de las más nobles virtudes de los pueblos, que une a españoles y a portugueses en el ámbito claro de la Península Ibérica, y que tiene su expresión más elocuente en Marruecos, muy cerca del campo de batalla del Mejazen, muy cerca también de la blanca Arcila, a cuya Puerta de Tierra llegaba en la noche del 4 de agosto de 1578 un embozado que se decía ser el Rey Don Sebastián...

TOMÁS GARCÍA FIGUERAS.

CRONICAS

